HISTORIA

DE LA

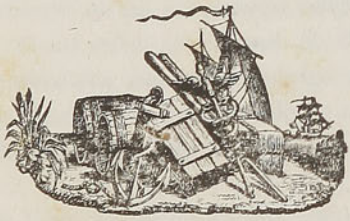
Revolucion Hispano-Americana:

Por D. Mariano Torrente,

AUTOR DE LA GEOGRAFIA UNIVERSAL.

Quand l'histoire serait inutile aux autres hommes, il faudrait la faire lire aux Princes. Il n'y a pas de meilleur moyen de leur découvrir ce que peuvent les passions et les intérêts, les tems et les conjectures, les bons et les mauvais conseils.

BOSSUET, *Avant propos* à l'Hist. univ.



MADRID:

EN LA IMPRENTA DE D. LEON AMARITA.

1829.

CAPITULO VI.

BUENOS-AIRES: 1810.

Revolucion de Buenos-Aires, cuyos efectos fueron la instalacion de una junta popular i la separacion del virei Cisneros. Propagacion del fuego sedicioso por todas las provincias de este vireinato. Halagüeñas esperanzas de que el esforzado Liniers restableceria el dominio del Rei. Planes combinados con las autoridades de Córdoba del Tucuman para rechazar las armas argentinas que se dirigian al alto Perú. Desercion de las tropas que mandaba Liniers, suprision i horroroso suplicio. Persecucion del obispo Orellana. Estraordinaria energía desplegada por los rebeldes de Buenos-Aires. Los montevideanos reconocen la Regencia de España. Espulsion de Buenos-Aires, del virei Cisneros i de la Real Audiencia. Prepárase Montevideo á rechazar los ataques de Buenos-Aires. Revolucion en aquella plaza causada por don Prudencio Murriondo, puesto á la cabeza de los tercios voluntarios; prision de este individuo, i desarme de sus soldados. Amaños de los buenos-aireños para incorporar la banda oriental á su nuevo gobierno.

Seguian conmovidos los ánimos de los buenos-aireños, empleando todos sus arbitrios i ardides para desconceptuar al gobierno del Rei con sus censuras i diatribas, cuando llegaron á mediados de marzo noticias de la invasion de las Andalucias por los franceses. Figurándose ya los disidentes desconcertados los planes de defensa, levantados por los españoles, dueños á los franceses de toda la Península, i reducida

esta nacion al último grado de nulidad é impotencia, supieron insinuarse tan diestramente en el ánimo del virei Cisneros, que éste llegó á creer no le quedaba mas recurso que echarse en brazos de los mismos americanos; i que solo dando publicidad á aquellos acontecimientos, se calmaria la efervescencia popular, i se escitaria la nobleza de carácter de aquellos habitantes á redoblar los sacrificios que la apurada posicion de la España hacia necesarios.

El doctor Castelli propuso al mismo tiempo un proyecto de gobierno representativo manifestando que su admision era la única tabla para salvarse de aquel naufragio político. Los que desde tanto tiempo iban madurando sus planes de independencia, discutian estas materias á la vista del gobierno que en medio de su irresolucion é inquietud no se atrevia á tomar providencia alguna. El descaro de los nuevos políticos habia llegado al último grado; i abroquelados con la intempestiva proclama de la Regencia de 14 de febrero de este mismo año, desafiaban todo el poder de las autoridades, i se propasaron hasta el estremo de pedir al cabildo, que exigiese del virei su renuncia absoluta, i que se subrogase otro gobierno conforme á sus deseos.

En medio de la turbulencia i ambicion de que estaban poseidos los capitulares, i sin embargo de ser los verdaderos instrumentos del estado de abatimiento en que habia quedado sumido el virei; cuando vieron que estaba ya para reventar el volcan que desde tres años habian alimentado ellos mismos con materia inflamable, llegaron á arredrarse al considerar el insondable abismo de males en que iban á precipitarse aquellas provincias si se daba rienda suelta al populacho, de cuyo apoyo necesitaban para llevar á cabo su revolucion.

El alcalde de primer voto i el síndico procurador, en cuyo espíritu habia arraigado impresiones mas fuertes el temor i la desconfianza, se dirigieron al señor Cisneros pidiendo su demision. Sofocando este digno general su justo resentimiento por un desacato tan horrible á su autoridad, imploró el ausilio de los comandantes de los cuerpos militares para sostener-

la: éstos, que ya en parte habian sido ganados por los mismos disidentes, creyendo inevitable la ruina del partido legítimo, convencieron al virei con sus respuestas ambiguas, de la imposibilidad de resistir á los embates revolucionarios. Le faltaron fuerzas para oponerse á la junta general que celebró el ayuntamiento en 22 de mayo, en la que el doctor Castelli, declarando por caducado al gobierno español, i por ilegítima la instalacion del consejo de Regencia, votó por la emancipacion indirecta de la Metrópoli, proclamando el derecho de Buenos-Aires para constituirse i gobernarse por leyes fraguadas á su antojo.

El entonces fiscal de lo civil don Manuel Genaro de Villota, i en la actualidad consejero del supremo de Indias, se opuso á aquellos principios subversivos, i si bien sus convincentes razones i persuasiva elocuencia arrancaron algunas lágrimas de aquellos mismos, que alucinados por los ardides de los enemigos de la España, habian contribuido á desairar la autoridad legítima, no produjeron otra alteracion sustancial en los planes de los conspiradores, sino la de modificar Castelli su proposicion reduciéndola á la necesidad de destituir al virei.

Puesta en votacion, opinó el obispo por la continuacion de dicha autoridad, i el gefe de escuadra don Pascual Ruiz Huirdobro por su separacion. Tomando por base los sufragios de estos dos respetables sugetos, resultaron 108 votos á favor del primero, i 150 por el segundo.

Conforme con esta deliberacion, se creó una junta, á cuya cabeza fue colocado el mismo Cisneros; mas por una inconsecuencia propia de espíritus bulliciosos, se anuló aquella junta al dia siguiente, arrancando del virei su total abdicacion; i se instaló otra en la noche del 25, compuesta de siete individuos, que lo fueron Saavedra, Castelli, Belgrano, Azcuénaga, Alberti, Mateu i Larrea; i de los secretarios Moreno i Paso.

Parecia que esta revolucion, hecha sin sangre, i producida por el mismo curso de los bien combinados planes, habia

de seguir magestuosamente su carrera; mas bien pronto se vieron los horrores, la desolacion, i el esterminio como sus inmediatos efectos.

No teniendo la junta una idea favorable de su estabilidad, no se atrevió á proclamar la independencia absoluta, i limitó por lo tanto sus providencias á comunicar circulares por todas las provincias, para que tomando con el nombre de Fernando VII la primera influencia en los negocios públicos, la reconociesen en la clase de provisional, hasta que reunidos sus diputados en la capital, formasen un congreso que fijase el gobierno que debia regir.

Los ruidosos acontecimientos de Buenos-Aires resonaron prontamente por todos los ángulos de aquel vireinato; se agitaron los pueblos, se alentaron los espíritus bulliciosos, temió la gente pacífica i virtuosa; se quebrantaron los últimos eslabones del respeto i la obediencia, se prostituyó el honor i la fidelidad, i se erigieron altares á la inmoralidad i al vicio. En este desbordamiento de pasiones solo una mano se designaba capaz de contenerlas. Era esta la del agraviado Liniers, de ese hombre que por premio de sus hazañas políticas i militares habia recibido el desprecio, el abandono, la desconfianza i el acecho. Cayó de los ojos del íntegro pero incauto, Cisneros, la fatal venda con que habian sabido los revoltosos encubrirle sus falaces designios. Abandonado i ultrajado por aquellos mismos comandantes que le habian dado á entender la mas firme decision por su persona i autoridad, á cuya impostura habia dado mas crédito que á los avisos amistosos, por medio de los cuales intentó varias veces el bravo Liniers desengañarle de su funesto error; viéndose ya Cisneros hecho el juguete de sus fementidos confidentes, hizo pasar por estraordinario las noticias de aquellos desastres al mencionado Liniers, confiriéndole todos sus poderes i autoridad, para que valiéndose del prestigio de su nombre hiciese el último esfuerzo por estinguir el fuego revolucionario, al que ya no estaba en su mano aplicar ningun remedio.

Acia el mismo tiempo escribieron á Liniers los individuos

de la junta revolucionaria, recordándole los agravios que habia recibido, ofreciéndole el mando, i rogándole á lo menos que no tomase parte en aquellos movimientos, porque de lo contrario iba á perder á su numerosa familia; mas todo fue en vano, i tan indecorosas ofertas solo sirvieron para aumentar su irritacion i su ardiente entusiasmo. Conociendo que habia llegado el caso de desplegar todo su vigor i energía, jura sacrificarse por su Soberano, i lo consigue de un modo tan trágico i lamentable que llenó de horror é indignacion á todos aquellos paises que habian sido testigos de sus heróicos hechos (1). Era

---

(1) Este terrible suceso, que fue el primer ensayo de la ferocidad que precedió á todas las deliberaciones de los rebeldes, merece pasar á la mas remota posteridad con toda la estension é incontrastable veracidad que debemos á un testigo ocular, partícipe de los dolores i congojas que acompañaron á aquel bárbaro sacrificio.

Este fue el presbítero don Pedro Alcántara Jimenez, capellan mayor i confesor del illmo. señor obispo de Córdoba del Tucuman, de quien hemos podido adquirir circunstanciados apuntes, de los que por el interes que ofrecen nos ha parecido conveniente estractar la presente nota.

"El aciago dia 25 de mayo del año 1810 fue el del cruel desengaño del tan virtuoso como desprevenido Cisneros. Viéndose depuesto tumultuosamente, abandonado de todos los que consideraba sus defensores, i oyendo con espanto que las suaves promesas se convertian en maldiciones é improperios, conoció aunque tarde su alucinamiento. Rodeado de tantos obstáculos i peligros, trató de dirigirse reservadamente á su antecesor i condiscípulo Liniers rogándole salvara el pais de su ruina. No encontraba persona fiel á quien sin riesgo pudiera entregar sus comunicaciones, cuando se le presentó felizmente i á deshoras de la noche el intrépido jóven Lavin ofreciéndoles sus servicios. Los admitió sin repugnancia i en aquellos críticos momentos escribió una simple carta familiar al referido Liniers comunicándole su triste situacion i el estraño suceso que en aquel dia habia ocurrido: confesaba su error en no haber abrazado sus amistosos consejos; manifestaba que solo en su fidelidad estribaba la única esperanza de contener el impetuoso torrente de los revoltosos, á cuyo fin le cedia sin restriccion sus omnímodas facultades.

Salió Lavin para su mision, i llegó á Córdoba á las once i media de la noche del 28. Como jóven inesperto para lances tan delicados se dirijió á la casa del dean don Gregorio Funes, cuyo astuto é infiel eclesiástico pasó con él al palacio del obispo i á la habitacion del señor Li-

tal el influjo de Liniers, i tan generalmente respetada la fama de sus proezas i virtudes, que temerosos los gobernantes de los malos efectos que pudiera producir en el público la noticia de su cruento sacrificio, procuraron ocultarla, i prohibieron la celebracion de sus fúnebres exequias, para evitar que otro Marco Antonio conmoviese la muchedumbre con el ensangrentado ropage del nuevo César de América.

La capital en el entretanto seguia fomentando su causa, consumando toda clase de atentados, de los que resultase alguna utilidad á sus designios, aunque estuviese en abierta

---

niers aparentando un fingido celo por la causa del Rei, á fin de ser admitido en las juntas secretas que se celebrasen para discutir los planes de defensa, cuya revelacion se proponia hacer á los disidentes de Buenos-Aires, adquiriendo asi una criminal nombradía en los anales de la revolucion.

El gobernador é intendente don Juan de la Concha reunió á las cinco de la mañana á los dichos señores obispo i Liniers, al oidor jubilado Moscoso, al honorario Zamalloa, á los alcaldes de primero i segundo voto, al coronel de milicias provinciales Allende, á los dos oficiales reales, al asesor del gobierno Rodriguez, i por mera política al citado Funes á pesar de las vehementes sospechas que habia sobre su opinion.

El primer acto de dicha reunion fue prestar juramento en manos del obispo de guardar el mas escrupuloso secreto hasta que los sublevados comunicasen oficialmente la noticia, tomando en el entretanto las medidas de seguridad que pareciesen mas convenientes. Desconfiando Liniers de las tropas cordobesas, propuso salir para el Perú con el objeto de levantar un respetable ejército, i caer con él sobre Buenos-Aires, ó rechazar en el campo las fuerzas que aquella ciudad hubiera destacado para insurreccionar las provincias interiores. Todos se conformaron con la opinion de Liniers, menos el sagaz i previsivo Funes, que comprendió al momento las fatales consecuencias que tal resolucion debia acarrear á la causa que él defendia.

Poniendo en ejercicio todos los recursos de su ingeniosa elocuencia, se esmeró en probar que la sola presencia del bravo Liniers seria suficiante para sofocar la furia de los sublevados, i que por lo tanto no debia llevarse á efecto su salida de aquellas provincias; pero viendo que por mas razones que alegase para fortalecer su dictámen no habia sido tomado en consideracion, empezó á formar secretamente partido con el apoyo de su hermano don Ambrosio, de varios clérigos regulares i seculares, abogados i comerciantes, adictos á la independencia. Mandó emisarios con proclamas i papeles incendiarios á poner en movi-

oposicion con la razon i con la justicia. Conociendo que la espada habia de decidir una causa que debia de perderse en el tri-

---

miento la campaña, i á levantar partidas para que colocadas en la travesía de Ambargasta ostruyesen el paso á los realistas, é interceptasen sus comunicaciones con los gefes del alto i bajo Perú.

Enterado Liniers de la sublevacion promovida por el ponzoñoso influjo de Funes, suspendió su salida, i se dedicó en su vez á circular órdenes á los comandantes de los fuertes i á los oficiales de milicias del Campo para que sin pérdida de tiempo se presentasen en Córdoba con toda la tropa disponible, cañones i armamento. Esta medida, dictada por lo crítico de las circunstancias, produjo los efectos mas funestos: la reunion de tropas del pais en la ciudad de Córdoba, donde residia un terrible fuego revolucionario, aunque artificiosamente encubierto, pervirtió su espíritu á tal grado que desaparecieron todas en la primera jornada, quedando solos 28 oficiales, casi todos europeos.

En tan inesperado apuro ya no quedaba mas arbitrio que la desordenada fuga por diversos caminos i veredas. Asi lo manifestó el bizarro general Liniers, deseando á todos sus dignos compañeros una fortaleza de ánimo capaz de superar los graves peligros de que se veian rodeados, i citándolos para el Alto Perú, á donde él trataba de dirigirse, aplicando para ello todos los esfuerzos de un denodado espíritu i arrojada decision.

El clérigo cordobés Dr. García, salió en posta á participar las alarmantes ocurrencias de Buenos-Aires al virei de Lima, cuyo aviso llegado oportunamente sirvió para reforzar el ejército del Rei, i fortificar las gargantas del Perú.

La infidencia de los guías que tomó Liniers para seguir su marcha, la retardaron de tal modo, que á los ocho dias fue preso con su comitiva por un destacamento de 100 hombres que á este efecto habia mandado á las órdenes de don Antonio Balcarce, el general insurgente Ocampo desde la ciudad de Córdoba, á donde ya habia llegado el ejército revolucionario de Buenos-Aires. Despues de un completísimo saqueo i cruel tratamiento, consiguiente á la inmoralidad i barbarie de los aprehensores, condujeron entre bayonetas por los escabrosos i despoblados caminos del Rio-Seco, á los siete que conceptuaban mas criminales, como cabezas de aquellos preparativos bélicos, i autores de la acertada resolucion de refugiarse en el Perú para hacerles allí una guerra ofensiva i defensiva.

Eran estos el ilustrísimo señor Obispo doctor don Rodrigo Antonio de Orellana: el Escelentísimo señor don Santiago de Liniers el gobernador intendente don Juan de la Concha: su asesor don Victoriano Rodriguez, el coronel de milicias don Santiago Allende: el primer oficial real don Joaquin Moreno: i el presbítero don Pedro Alcántara Jimenez, capellan

:

bunal del raciocinio, levantaron nuevas tropas, convirtiendo en regimientos reglados los cuerpos de los voluntarios nacio-

---

mayor i confesor del señor Obispo. Cerca de 200 leguas fueron conducidos por espantosos páramos i de cárcel en cárcel, incomunicados con la mas vigilante escrupulosidad, casi desnudos, i sin otro alimento que un pedazo de carne medio asada, hasta la Pampa, conocida con el nombre de monte de los Papagayos, tres ó cuatro leguas distante de la posta llamada Cabeza del Tigre. Alli mandó el gefe de la escolta hacer alto, no pudiéndose figurar las siete víctimas, que aquel silencioso desierto era el altar destinado para consumar el sacrificio.

A los pocos momentos, hora de las once de la mañana del 26 de agosto llegó el doctor don Juan José Castelli, segundo vocal de la junta subversiva, don Nicolás Peña, asociado en clase de secretario, el coronel French, el teniente coronel don Juan Ramon Balcarce, varios oficiales i unos 50 soldados, con el perverso designio de cometer á sangre fria el mas inaudito i cruel atentado. En el momento mismo del encuentro, por via de salutacion intimó el sanguinario Castelli la sentencia de muerte á todos en comun, añadiendo despues de un gran rato, que el obispo i su capellan no eran comprendidos, i que solamente debian sufrir una confinacion perpetua, como se habia decretado en el injustísimo tribunal de Buenos-Aires, sin formalidad de proceso, sin declaracion, i sin permitir defensa. ¡Qué horror! El asesinato debió ejecutarse en el instante mismo á no ser por los lamentosos ruegos del señor obispo, quien enmedio de aquella gravísima afliccion suplicó encarecidamente con las lágrimas en los ojos se les concediese la libertad para salir de aquellos dominios. Oyendo la negativa con amenazas i palabras indecorosas, pidió á lo menos la suspension por algunos dias para disponerse i morir como verdaderos cristianos.

Apesar de la irreligiosidad con que oian los asesinos la piadosa súplica del obispo con risotadas, mofa i desprecio, se les permitió la disposicion espiritual, (mas por ningun estilo la testamentaria) en el término perentorio de dos horas, ligando en el entretanto fuertemente sus brazos por la espalda con los cordeles que al efecto traian preparados. Llegado el fatal momento, elevan sus trémulas manos al cielo penetrando los aires los santos i religiosos ecos que resonaban, repitiendo uniformemente las consolatorias voces con que los ausiliaba su compañero el citado capellan; con una serenidad inimitable i sin permitir Liniers que le vendasen los ojos, presentaron sus respetables pechos á las punzantes bayonetas para recibir los mortales golpes. A la primera descarga cayeron en tierra aquellos cinco proto-mártires de la lealtad, i á la segunda exhalaron el último aliento.

French, que como gefe superior dirigió el baston en aquella horrorosa escena, cometió la accion mas inhumana que probó hasta qué gra-

nales, i suprimiendo los europeos; derramaron asimismo con la mayor prodigalidad i estravagancia cuatro millones de duros que acababan de llegar del Perú, i con este cobarde robo sancionaron su nuevo derecho de la fuerza.

---

do de insensibilidad é ingratitud pudo llegar el empedernido corazon de estos monstruos vengativos. Humeando aun los cadáveres, bañados en la fresca sangre que á borbollones corria de las heridas, i presentando las víctimas un tristísimo espectáculo, digno de atemorizar no solo á los hombres sino tambien á las aves i animales feroces, que absortos i despavoridos huian de aquellos contornos al estrepitoso ruido del fusil i lamentable sonido de los lastimeros ayes i roncas voces de los pacientes; i deseoso de borrar del todo con un nuevo acto de ferocidad la dulce memoria del hombre generoso, á quien debia sus grados é importancia política, asestó un pistoletazo contra la cabeza de este héroe que dos años antes habia reconquistado aquel desgraciado pais de los ingleses, con gloria sin igual, colmando entonces de beneficios á todos sus desapiadados verdugos.

Como famélicas fieras, que irritadas disputan sobre la presa, empezaron á recojer los tristes despojos de las víctimas que acababan de inmolar en obsequio del insaciable ídolo de su voracidad. No contentos todavía con el cruento sacrificio si en él no iba envuelta alguna nueva crueldad, arrastraron por el suelo los yertos cadáveres, sepultándolos despues en un pequeño foso que al intento hicieron abrir enmedio del campo, profiriendo al mismo tiempo las mas sucias, indecentes, obscenas, é impúdicas palabras. No bastaron hechos tan irregulares é inauditos para saciar su luzbélica rabia. Previendo el terrible sentimiento que esta inimaginada novedad habia de causar en los ánimos de los habitantes de América, tanto leales como infieles, circularon una orden general mandando bajo rigurosas penas que ni los hijos, esposas, parientes, amigos ni cualesquiera otra persona hiciese funciones mortuorias por los inocentes finados, privando de este modo á sus deudos i allegados del único consuelo que les restaba despues de esta pérdida irreparable. Asi demostraron la conviccion de su crímen los parricidas; i asi se vió que no era el voto público sino la perversa ingratitud de algunos facciosos la que habia concebido i ejecutado el sacrificio del libertador atrevido i célebre defensor de Buenos-Aires; de aquel militar valiente, que era rayo en la batalla, esclavo en la obediencia, inerme en la venganza, i pacientísimo en el martirio; de aquel varon leal que siendo de las mas nobles familias sacrificadas en la guerra de la Vandee, fue á morir en América para que la memoria de sus virtudes sirviera de argumento perpetuo contra los revolucionarios que desprecian el influjo de la nobleza i de la religion. ¿Cuál seria pues el sentimiento del ilustrísimo señor obispo i de su fiel capellan, espectadores inmediatos de aquella sangrienta catástrofe? Pasages de esta naturaleza se comprenden mas bien

Enviaron agentes á Inglaterra solicitando su amistad i proteccion para asegurar su gobierno; i en caso de resistirse aquel gabinete á obrar en sentido contrario á los intereses de la alianza que habia estrechado con la España, presentar nue-

---

con un profundo silencio i elevada meditacion que pintados con palabras.

Cansados ya de cometer iniquidades aquellos verdugos, colocaron en medio de la escolta á los dos restantes presos, i sin la menor deferencia ni atencion á su sagrado carácter fueron conducidos á la Guardia de Lujan, 90 leguas distante del lugar del sacrificio. Alli debia ser su permanencia hasta nueva orden, viviendo en una incómoda choza de paja sin rentas ni ausilios, destituidos de todo socorro humano, sin comunicacion por escrito con todo el mundo, i aun sin la verbal, mientras que el comandante que los custodiaba no concediese un espreso permiso.

Diez i ocho meses permanecieron en tan triste detencion, hasta que temerosos algunos eclesiásticos del cisma devorador que se habia originado en la iglesia de Córdoba con la injusta i atropellada separacion del bondadoso prelado, propusieron al intruso gobierno se discutiese la cuestion en una junta de los mas acreditados téologos i canonistas, sujetándose á su decision. Fuese por convencimiento interior, ó porque las circuntancias politicas asi lo exigiesen, se congregó de hecho la junta, presidida por el diocesano don Benito de Lúe i Riega, i no discrepando otro voto que el del irreligioso i corrompido dean Funes, se resolvió la reposicion del legítimo pastor en su silla episcopal; añadiendo que no residia en ningun gobierno civil la mas mínima autoridad para declarar vacante una mitra, viviendo el actual prelado; i que á lo sumo que podia estenderse, siendo los crímenes probados i perjudiciales al bien público, era á suspenderlo de sus sagradas funciones, i privarle de las temporalidades; i por lo tanto que el señor obispo debia volver inmediatamente á Córdoba á subsanar tan graves males espirituales como á los fieles se habian causado, observándose rigurosamente su conducta politica i poniéndosele con disimulo védeles celosos, á fin de que no hiciese uso de sú decidida adhesion al gobierno de España, ni de su pública repugnancia al nuevo sistema americano.

Volvió en efecto á reunirse con su esposa este dignísimo prelado; pero como no es posible servir bien á dos señores, ni unir á Dios con Belial, al poco tiempo se declaró contra su celo verdaderamente apostólico otra nueva persecucion, que tuvo por resultado una segunda confinacion al colegio de san Lorenzo, sobre el gran rio Paraná, desde cuyo punto, despues de tres años de continuos é indecibles padecimientos, pudo fugarse felizmente á la península, arrostrando los mayores peligros i venciendo innumerables dificultades, quedando de este modo burladas las astucias, intrigas i maquinaciones de los rebeldes, enemigos irreconciliables del altar, del trono y de nuestra amada nacion.

vas instrucciones, mostrando un acatamiento al Trono español que desmentian sus acciones, i aun las mismas injuriosas espresiones con que estaban embadurnadas las páginas de sus incendiarios papeles i periódicos.

El tan ingenioso como perverso plan de destruir todo cuanto tuviese relacion con el gobierno de la Metrópoli, invocando el nombre de Fernando VII con tan fementido entusiasmo, que no se caía de sus labios, alucinó á algunos de los gefes de las provincias interiores, que creyendo de buena fé sus engañosas protestas, se pusieron de acuerdo con la junta de Buenos-Aires para sostener su autoridad, figurándose que en ella estribaba la principal defensa del gobierno legítimo.

Habiendo llegado á este tiempo á Montevideo una fragata procedente de Cádiz, con noticias las mas halagüeñas de los heróicos esfuerzos con que la nacion española trataba de resistir la invasion francesa, i conduciendo al mismo tiempo las órdenes necesarias para el reconocimiento del Consejo de Regencia, los habitantes de dicha ciudad recibieron con las demostraciones mas espresivas de su complacencia i satisfaccion aquellas lisongeras comunicaciones; i declarándose sin vacilar por el nuevo gobierno establecido en la península, i ratificando con tan plausible motivo su union, obediencia i fidelidad, lavaron la mancha de su anterior insubordinacion, si bien con esta tardía manifestacion no pudieron ya reparar sus funestos efectos.

Los de Buenos-Aires se resistieron furiosamente á dicho reconocimiento á pesar de las enérgicas escitaciones de los oficiales de S. M. i de la Real Audiencia. Este desengaño, si bien triste i funesto, produjo á lo menos el feliz resultado de que se corriese el velo maquiavélico, con que los facciosos habian procurado ocultar sus ideas, i de que los partidarios realistas acabasen de perder las quiméricas esperanzas con que se alimentaban enmedio de aquella horrible convulsion, i que se dedicasen á rescatar con dobles sacrificios lo que hubieran podido conservar con un grado mayor de prevision, i con otro menor de ligereza i de desobediencia.

Los oidores de Buenos-Aires fueron de los primeros que probaron los terribles efectos de una revolucion desorganizadora. Llenos los facciosos de inquietud i sobresalto, creyendo hallar por todas partes el brazo de la justicia, armado contra sus sacrílegas aspiraciones, temiendo que la presencia de las autoridades legítimas pudiese inflamar el pecho de los muchos enemigos de su nuevo gobierno, resolvieron dar el último golpe á la esperanza de los buenos con la espulsion de dicho cuerpo, á cuyo fin comprometieron con estravagante prodigalidad al capitan de una balandra inglesa contrabandista, que se hallaba surta en Valisas. Cuando ya esta se hallaba pronta á hacerse á la vela, citó la junta á la Audiencia i al Virei para una sesion mui interesante al servicio. Reunidas estas autoridades en el fuerte, les intimaron Castelli i Mateu su pronta salida de aquel territorio, si querian salvar sus vidas del inminente peligro que las rodeaba; i haciéndose insensibles á sus ruegos i lamentos, fueron conducidos por una porcion de oficiales embozados á bordo de la balandra indicada; en la que halló cada uno un pequeño cofre que se habia pedido reservadamente á sus familias, las que quedaron en la mayor consternacion por una separacion tan violenta, que llevaba todos los caractéres de que habia de ser eterna.

Esta inaudita tropelía fue la última prueba que debió desengañar aun á los mas alucinados, de las pérfidas miras de la junta revolucionaria; i de la hipocresía é impostura con que prostituía el augusto nombre de nuestro Soberano.

La marina Real se retiró á Montevideo, en donde con el apoyo del paisanage, i con la decision de las tropas i milicias, i con socorros del Brasil que habian pedido urgentemente al celoso ministro español marques de Casa-Irujo, trataban de hacer una empeñada resistencia á las desleales miras de los revoltosos de Buenos-Aires.

La plaza de Montevideo sin embargo no podia destruir el furioso torrente que salia de la volcanizada Buenos-Aires; pero comunicó una parte de su ardor i decision á las demas provincias de aquel vireinato. Paraguai, Córdoba, Po-

tosí i Charcas se disponian á empeñar una sangrienta lucha contra la capital. Esta se alarma al ver tanta entereza de parte de las autoridades realistas, conoce lo crítico de su posicion, i se convence de que su causa perece sino despliega todo el carácter de ferocidad que solo cabe en el primer ardor de un pueblo revolucionario. Su mismo despecho le inspiró un grado de resolucion i actividad de que los mas furiosos disidentes no se creían capaces. De aquí el acudir todos á las armas, i á prestarse gustosos á cuantos sacrificios exigiera de ellos el sostén de su ilegítimo gobierno: de aquí procedieron aquellas frenéticas espediciones contra Córdoba, Tucuman, Salta i provincias del Alto Perú, cuyos primeros efectos quedan ya apuntados, reservando para el próximo capítulo los progresos sucesivos, i concluyendo éste con dar una idea de los alborotos de Montevideo en este mismo año.

Don Prudencio Murriondo comandante del cuerpo de infantería del Rio de la Plata, que se hallaba de guarnicion en la plaza de Montevideo, uno de los genios mas díscolos i ambiciosos de América, trató de conducir con la intriga aquel pueblo fiel ácia la desobediencia é insubordinacion, figurándose adquirir por este medio lo que no podia proporcionarle su escasez de mérito i falta de virtudes. El obstáculo principal que se le presentaba para que el pueblo reconociese la nueva junta revolucionaria de Buenos Aires era el cuerpo de marina, que se hallaba animado de la mas firme lealtad i decision: deseoso, pues, de desembarazarse de él, obligándolo á reembarcarse, se valió del mas artificioso manejo á fin de hacerlo odioso á la guarnicion i á todo el vecindario.

Una persona de las mas influyentes era el sargento mayor i comandante de infantería ligera don Juan Balvin; i como no ignorase Murriondo que ganando á su hijo don Luis, por quien aquel era dominado, tendria á su disposicion dicho cuerpo, procuró atraerlo á su partido en unas juntas que se celebraban en casa del escribano Pedro Cavia, hijo de Buenos-Aires, casado con una parienta de dicho Balvin, i bien conocido por su orgullo i modales desabridos, así como por

su adhesion á la ilegítima causa de los insurgentes. Fraguados en dichas reuniones los medios de dar ejecucion á sus atrevidos planes, se esforzaron en desacreditar al citado cuerpo de marina, propalando la insidiosa voz de que trataba de desarmar á los voluntarios i de embarcar su oficialidad para España. Contando con el apoyo del respetable Balvin, con la consideracion que le daban cincuenta i tres años de residencia en Montevideo, catorce hijos, su honradez, su fidelidad, sus distinguidos méritos, i sobre todo el amor que habia sabido escitar en el pueblo, llegó á creer que éste nunca se separaria de la senda qae se le trazase bajo el sello de la aprobacion de tan ilustre ciudadano.

Habiendo llegado el dia 11 de julio la Zumaca del capitan Rodriguez con noticias que habia adquirido en Santa Catalina del comandante de un buque de guerra portugues, del ataque que habian dado los franceses á la plaza de Cádiz i á la isla de Leon por ocho dias consecutivos, en cuyos choques habian perdido 3000 hombres, i de que una escuadra salida de Tolon con tropa para Málaga habia sido apresada por los ingleses, se fijaron carteles anunciando tan faustos acontecimientos, que el pueblo recibió con el mayor alborozo. Cuando se creia que por tal razon deberia reinar el mayor sosiego i tranquilidad, se vió con gran sorpresa que á las ocho de la noche fueron avisados todos los individuos que componian los cuerpos de milicias para que acudiesen á sus cuarteles respectivos. Murriondo se hallaba en el fuerte, en donde se le invitó á salir para Maldonado con 60 hombres, prometiéndole el grado de coronel; pero en vez de acceder á estas propuestas pasó á las nueve de la misma noche á reunirse con su cuerpo i con el de Balvin que se hallaban en igual movimiento que las milicias. Los gefes de estas pasaron á las doce un recado al gobernador Soria quejándose del mal estado de su cuartel, que se habia llenado de agua en la creciente última.

Al mismo tiempo que contestaba Soria manifestando la indispensable necesidad de que sufriesen por entonces aquella molestia, mandó retirar á sus casas á Murriondo i á Balvin,

cuyos cuerpos habian seguido el impulso de las milicias, sin órden espresa para ello. Empeñados los comandantes de los tercios voluntarios en desconocer la voz del gobierno, se introdujo en el pueblo la mayor agitacion, i el temor de que estallasen males infinitos, i de que corriese copiosamente la sangre inocente.

En la mañana del 12 repitieron los comandantes Murriondo i don Juan Balvin, i los mayores Murillo i Luis Balvin sus primeras intimaciones, de que se embarcase en el mismo dia la marina, i de que se separase del mando al virtuoso mayor de la plaza don Diego Ponce de Leon. Este tono firme i amenazador confirmó los justos recelos que se tenian concebidos. El gobierno i ayuntamiento mandaron llamar á dichos comandantes, quienes se rehusaron á comparecer sin que antes fueran satisfechas sus reclamaciones.

El huracan iba creciendo; el pueblo azorado recorría las calles sin atinar el desenlace de aquellos sucesos; la marina desembarcaba todas las armas de los buques mercantes, i sus tripulaciones; gruesos destacamentos de aquel cuerpo i de milicias, mandados por oficiales escogidos, patrullaban en todas direcciones; las avenidas del barracon de marina habian sido guarnecidas con artillería, i sus azoteas se veian llenas de gente armada. Todo, pues, anunciaba una horrorosa esplosion. El cuerpo de Balvin, que guarnecia la plaza, fue relevado por el de Murriondo.

Una comision del cabildo salió para la ciudadela con el deseo de celebrar una junta en la que se conciliasen los ánimos, i se evitase por este medio la efusion de sangre. Murriondo i Murillo prometieron asistir á ella si el cabildo salia garante de sus personas. Pasa á esta sazon por la plaza el comandante de marina don José María Salazar, se acercan á él varios vecinos i le juran sacrificarse en su defensa. Cruza en seguida un trozo del mismo cuerpo, que es recibido con públicos testimonios de alegria i aplausos. Todos estaban ansiosos por ver el resultado de aquel furioso choque de partidos. Salen tres divisiones con 2800 hombres i 8 cañones de batir, tirados

por marineros, contra el cuartel de infantería ligera, mandada por Balvin; éste que se hallaba entonces con su hijo en el cabildo, recibe la intimacion de que sus tropas rindan las armas; dáse esta órden, i sus dóciles soldados abrazan el partido de la obediencia, i resignacion.

Celébrase una junta general en la sala capitular á la que asistieron los bulliciosos Murriondo i Murillo. Inquieto ya el pueblo al ver acercarse la noche, prorrumpen en execrables espresiones contra el primero, i en voces alarmantes i amenazadoras, sino se concluia pronto aquella sesion que tenia en la mayor inquietud los ánimos de todo el vecindario. Conociendo Murriondo sus delirios i el inminente peligro que le amenazaba, firmó la órden para que su cuerpo se entregase á discrecion del gobernador; i la junta decretó su prision en la fragata Proserpina, el arresto de Balvin, el de los mayores de ambos cuerpos, i de todos los oficiales que habian tenido parte en aquellos acontecimientos, i el desarme de los soldados inclusive los sargentos. En el mismo dia se llevaron á efecto estas medidas, i se hicieron por la noche varias prisiones; el escribano Cavia se fugó precipitadamente, dejándose varios planes, i su correspondencia con la junta de Buenos-Aires, que descubria toda la perversidad de aquellos rebeldes.

Sosegada con la vigorosa energía del gobierno de Montevideo esta conjuracion, fraguada por los genios díscolos para incorporar á la nueva república de Buenos-Aires toda la banda oriental, inclusive su capital; conociendo sus habitantes los pérfidos amaños con que habian abusado anteriormente de su credulidad i buena fé, i habiéndose declarado por lo tanto contra los regeneradores revolucionarios, se sostuvo con brillo el gobierno del Rei, i lejos de temer los ataques de los argentinos, desafiaba todo su poder i los tenia alarmados de continuo.

Siguió en este estado Montevideo todo el año de 1810 esperando refuerzos de la Península, ó una combinacion con las tropas realistas del Alto Perú para derribar el naciente gobierno de la independencia.